

NOVELA

La sombra de Cyrano

José Luis Aguilera

DAURO

Catalina María Merino Ortega y Concepción González Merino
In memoriam

Aquellas miradas que eran de mi alma la única fiesta...

E. Rostand - J.P. Rappeneau – J.C. Carrière - C. García

CYRANO VERSUS CYRANO

Mi vida ha dado de sí cinco actos sin intermedio que se han visto jalonados por ensoñaciones amorosas, duelos, arrebatos de ira, dolor, pasión, ternura y generosidad. Y aunque en alguna tribuna me hayan definido como alma prestada al diablo, jamás me reconocí en ese espejo, pues nunca he tenido por montura el jamelgo de la hipocresía, la cobardía, la mentira y los compromisos que tanto se aplauden en nuestro tiempo.

Mi progenitor literario me forjó valeroso para el combate, poeta, filósofo y también espadachín y gramático; diestro en el juego de palabras. Me hizo sarcástico con los poderosos de la sociedad y azote de la miseria humana. Nunca lucí las joyas de la vanidad salvo cuando a causa de mis versos, pronunciados desde el borde de unos labios que me eran ajenos, tocaban el alma de mi amada.

Siendo muchos los que han padecido el filo de mi espada y también de mi pluma, he despertado la admiración de otros que bien me han querido, pues mi fama y mis gestos me han precedido. Me reconozco como el fabulador necesario para dar rienda libre a mis fantasías, haciendo que apenas se perciba diferencia alguna entre la vida que soñamos y la que vivimos. Dibujo las líneas imaginarias de un mundo de ensoñación, en donde difícilmente se pueden apreciar los perfiles de la cordura y la estulticia. Hombres y mujeres de mi tiempo, algunos principales y también de letras, me han citado y alentado en mis lances, en mis venturas y mis cuitas. A ellos, que bastante se nombran sin mí, vaya mi gratitud. Con cierta tristeza, no exenta de orgullo, aprecié el reconocimiento que les era dado a mis versos, y con generosidad permití que otros ocuparan mi lugar para recoger el beso de la gloria. Por largueza, cedí el honor que me correspondía e hice dádiva generosa de lo que en buena ley me pertenecía.

Si existiera una ley empírica y universal por la que regirnos los seres humanos, sería ésta la del amor y la ternura que los

progenitores profesan para con sus hijos, siendo así que, quien me alumbró artesanalmente, amó más a su obra de lo que ésta lo amaría a él si tuviera sentimientos. Siempre vivió a mi sombra, hipotecando su propia vida y quedando estéril e infecundo para reproducir nuevos alumbramientos, y, cuando excepcionalmente lo intentó, no pasaron de ser de menor recuerdo y aceptación por parte del respetable.

He de confesar, con cierta urgencia, que algunos me confunden con un antepasado nacido en 1619 y con el que, plenamente, coincido en el nombre y apariencia física. Era éste un librepensador pendenciero, libertino y materialista y, a decir de la gente de su tiempo, poco romántico, aunque de cierto talento dependiendo para qué artes. Mi antecesor se decía filósofo, dramaturgo y también poeta... autor de obras satíricas y de ciencia ficción, con las que no obtuvo la gloria y sí un relativo reconocimiento por parte de sus conocidos y afines, aunque su ufanía le hiciera creer lo contrario. Quizá, en el fondo, ese dolor también nos une, además del nombre y la silueta, pues hube de esperar a mis instantes postreros para poder enfrentarme, en el lecho de muerte, a los fantasmas del amor y poder vivirlo con intensidad y en plenitud ya en la otra vida, junto a mis maestros, a los que siempre admiré con profunda devoción.

Fue mi progenitor literario, Edmond Rostand, quien, cuando tocaba su fin el siglo XIX, recogiendo la espada de este antepasado camorrista y esperpéntico, me puso en valor para mayor gloria del propio señor de Bergerac. Exhumó de la tumba al pendenciero *Hercule de Savinien de Cyrano* y, con su pluma e ingenio, lo revistió de una pátina de ternura y romanticismo y generosidad y poesía, que nunca tuvo en vida mi antecesor. Por el contrario, la maldita genética me gastó una broma macabra que mi padre literario no me pudo o quiso extirpar. Ese maldito apéndice nasal, que aparecía mucho antes de que yo mismo llegara a cualquier lugar y que se convirtió en el causante de bromas inhumanas y en la algarabía de otros mal nacidos, a los que bien miré de hacerlos callar con mi pluma o mi espada.

Esa fue mi amargura y también mi dicha. La que desde el recogimiento interior de una vida atormentada, me permitía dar lo mejor de mí en cada verso que escribía.

Mientras me presento ante ustedes, me pregunto qué pensaría sobre mis palabras ese otro, que también responde al nombre de *Cyrano*, antecesor por más de dos siglos, si le diésemos voz y pluma para añadir, o quitar, sobre quien esto escribe y sobre quien exhumó su cadáver sin su consentimiento.

«Ya era hora, maldito bastardo, que permitieras que el auténtico Hercule-Savinien de Cyrano de Bergerac pudiese tomar la palabra desde la tumba de la eternidad para poner orden donde nunca lo hubo, desde que llegaste a ver la luz. Ese que tú llamas ‘padre literario’, no es más que un advenedizo, que me ridiculiza, cuando soy yo quien tiene verdaderas razones para hacerlo con él y sus mentiras.

Hago saber, para los que aún no tienen conocimiento de ello que, bajo el negro velo de mi leyenda, se oculta un conocido y celebrado dramaturgo del París de comienzos del siglo XVII. Un romancero que inventa maravillosos viajes al Sol y a la Luna y también, debo aceptarlo, polemista terrible, porque lo llevo en la sangre, sí; esa sangre que no te pudo dar a ti, sino tinta, aquel que te trajo al mundo. Soy yo, el verdadero mito y quien da grandeza al personaje, el genuino Cyrano de Bergerac.

Soy yo, al que burlescamente llamas camorrista y libertino, a quien le otorgan los aplausos en cada noche de representación teatral. Es a mí, a quien el público se entrega y a mí a quien llora, cuando la muerte sale a mi encuentro bajo los tilos de un convento. Sé bien que soy yo de quien se trata, pues percibo su angustia y lamentos en aquellos instantes postreros de mi existencia. Son las alas de mi bravura, de inconsciencia gloriosa, las que quedaron maltrechas y mutiladas en el Sitio de Arras, donde fui herido, atravesado por una espada española, en la que se dio en llamar la Guerra de los Treinta Años, cuando por entonces militaba en la compañía de gascones de Carbon de Casteljaloux. De igual modo, cuando con ellos

marché a luchar a Mouzon, en la frontera de la Champagne, participé, a decir de otros, de actos verdaderamente heroicos que casi me cuestan la vida.

Me llamas libertino, como hacen otros muchos de tu tiempo y calaña; todos aquellos que no aciertan a interpretar que el término no es más que un acto de rebeldía contra los principios religiosos y morales establecidos de la época y que, más tarde, se descubrieron como falacias y dislates advertidos por la humanidad entera. Fui, si acaso, un librepensador nacido en la libertad de ideas de mi generación, sin tener que seguir los designios que otros marcaban. He cultivado el género epistolar para luchar contra las altas jerarquías eclesiásticas y príncipes de mi tiempo; también, para seducir a las mujeres de otros, pues nunca tuve una sola para mí en exclusiva: o por mejor decir, yo nunca fui de una sola mujer. Hice lo que le es propio a la ironía, cultivar la fina burla con comedias no exentas de crítica y sátira ácida contra la sociedad ramplona del siglo que me tocó vivir.

Escribí y conté, en la medida que me asistía el conocimiento, e incluso me atreví con el drama, para poder dar muerte a Agripina. Alcancé la gloria, como ocurre en buena medida a todos lo que tienen algo interesante que contar a los de su tiempo, cuando ya ni mis ojos ni mi alma, eran de este mundo. Tengo buena constancia de ello, pues desde mi etéreo lugar, pude constatar que mi buen amigo Le Bret hizo que se publicara una nueva filosofía de vida, cuando vio la luz mi obra: “El otro mundo: Los Estados o Imperios del Sol y de la Luna”. Así, mi vida ha sido más rica de la que nunca podría mostrar tu amo para tí. El círculo libertino a que se refieren las malas lenguas, estaba conformado por los más afamados filósofos, poetas y comediógrafos de nuestra época, entre los que se encontraban Gassendi, Molière, Chapelle, La Mothe le Vayer... y otros muchos hombres de las letras y las ciencias. Un grupo selecto, que ciertamente ironizamos sobre aquello en lo que no creemos, como la religión y sus milagros y que, sin embargo, nos miramos en la ciencia para explicar los fenómenos de la naturaleza.

Respecto a mi nariz, la auténtica, no la pergeñada por la desmedida imaginación ridícula de tu dueño, no es sino una protuberancia real, pues no es mayor que la del propio Henri IV, ni la de su nieto, Louis Diendoné, conocido de adulto por Louis XIV, siendo así la mía un apéndice nasal borbónico, de real estirpe.

En cuanto a su fama de escritor venerado y ventrílocuo, señor Rostand, lo fue a causa exclusivamente mía, pues cuando llegó la hora de mi último adiós y dejé de existir, quedó en el olvido para siempre. Jamás su pluma volvió a florecer como cuando anunciaba mis arrebatos y pasiones. Aún hoy —vigilante desde mi atalaya privilegiada que me otorga la eternidad— me provoca una sonrisa cuando tras su fallecimiento, a su viuda, señor Rostand, la reconocían más por la de Cyrano, que por la suya propia. Mi personalidad le arrebató, hasta en la muerte, la gloria que persiguen los escritores presuntuosos.

Hoy me presento a reclamar lo que por derecho me pertenece, pues como me ocurre con su merced, hasta el propio Molière se apropió de algunas de las escenas que emplea en su “Scapin” de una de mis comedias. La diferencia estriba en que tan afamado dramaturgo y comediógrafo lo hizo para ensalzar mi figura, pues fue hombre de mi tiempo y conozco bien, por terceros, de su aprecio a mi obra y a mi persona.

No es el suyo, señor Rostand, sino un Cyrano imaginario, siendo yo el auténtico y al que le ha arrebatado su alma y su cetro para darlos, en mala hora, a quien nunca hubo de gozar de los placeres mundanos que me llevaron a la tumba. Mi muerte la ha escenificado a causa de una teatral viga que partió mi cabeza en dos mitades... bien sabe que no es cierto, aunque enemigos no me faltasen y ganas de hacerlo, tampoco.

No fue la viga lo que me mató, sino una enfermedad de mi tiempo contagiada en casa de lenocinio a causa de mi pasión por las mujeres y de lo que no me arrepiento, pues no es mal morir, al decir de aquellos que fuimos hombres y soldados de una sola pieza. Siendo así, su Cyrano no deja de ser un títere meliflúo, que gesticula a su antojo teatralmente y que apenas conoció la miseria ni la grandeza humana. Vucencia, quiso que su héroe muriera en brazos de su amada y rodeado de sus amigos. El auténtico murió en la cama, entre dolores, carcomido por una enfermedad secreta y abrazado a su orgullo y su bravura.

I

UNA VOLUNTAD ESCLAVA

Algunos, sabemos que ya somos ayer y tenemos sobrada conciencia de ello cuando una mujer hermosa ya no es suficiente. Se nos abre paso un mañana que deja de pertenecernos. Soy ayer, y no consigo quedar en paz conmigo mismo a pesar de la maldita dualidad que me habita desde el prólogo de mis letras. O quizá sea por ello. No es tarea fácil desnudar nuestra vanidad ante los demás sobre todo, cuando la culpa y el descontento tienen más peso que cualquier otro recuerdo del pasado. Es en ese momento, cuando una mujer hermosa ya no es suficiente, cuando haces balance de los recuerdos de una vida con sus luces y sombras. Como en el caso del bueno de Sancho, si en la tardanza está el peligro, acudo presto con la soguilla ahora que atisbo vaquilla. Soy el gobernador de mi ínsula imaginaria y me he beneficiado de los *«oficios y grandes cargos que no han sido otra cosa sino golfo profundo de confusiones»*, como ya dijo el maestro. Así, confundido y atisbando la soguilla, con mejor o peor suerte, me he enfrentado a mis desafíos de cada día. Las letras y pensamientos vastos, profundos e inteligentes, si los hay, son los que les he robado a sus propietarios legítimos para dar un cierto lustre a mi relato; aunque es probable que todo quede en simple tentativa devorada por mi propia inepticia que no me permite, como en otros casos, calibrar mis posibilidades reales de cuento.

A veces, una osadía activa y sin límites y también un cierto desencanto generado por los aconteceres, transporta nuestra imaginación a un mundo de dualidades en donde conviven la ilusión y la desilusión; la ensoñación y la realidad; la alegría y la tristeza, la bellaquería y la bondad, la virtud y la vileza... Todos ellos atributos consustanciales al ser humano en mayor o menor grado. Así, en el presente relato, me doy en escribir de asuntos que sin duda y sin las dificultades que a mí me asisten, tratan mejor aquellos maestros de la pluma con más oficio y facultades que las que puedo yo mostrar en el mejor día de inspiración.

He leído y releído, a mis autores referentes, para intentar emularles en el reto impuesto; ofrecer al lector una historia bien contada. Sin embargo, esto no basta. No basta, con leer y releer a los clásicos, pongo por ejemplo, para escribir como ellos, para sentir como ellos, para decir como ellos, para tener su lucidez y capacidad de fascinar a todo el que se acerca a visitarlos. He viajado al pasado, desempolvado recuerdos, fabulado con ellos y los he revestido con el ropaje adecuado para dar vida a los personajes que me ayudaran a hilvanar una historia. Una historia de nuestro tiempo, con escenarios que, siendo reales, podrían parecer imaginarios. Otra cosa será que el cuento sea de interés para los lectores. Facilita mi labor narrativa vivir en un mundo como el que hoy habitamos, en donde la realidad vivida supera con creces a la ficción. Es en ese mundo, en donde se enarbolan y aplauden las enseñanzas de la estupidez y la vanidad, la insinceridad y el desprecio por los demás, la falta de escrúpulos y la envidia, el que me permite construir a mi gusto el relato que deseo. Sus ingredientes básicos ya los tengo y no preciso tener que buscarlos en cualquier otro lugar .

Pensar que eres, o que digan de ti que eres, un canalla mundano, no es más que un eufemismo que se podría traducir por ser un personaje libertino, presuntuoso, vanidoso y hasta cruel al que le importa una higa conseguir sus propósitos sin reparar en el dolor causado a sus semejantes; el dolor que se les infringe a otros, con cada una de las deliberadas y malvadas acciones ejecutadas a tenor de un cálculo previo y premeditado. El revestimiento de mundanidad no implica, o no debería implicar, ser un miserable ni un desalmado. Haber vivido muchas, intensas y variadas experiencias a lo largo de una vida, que lo pudieran de algún modo justificar, tampoco. En el caso del burlador mundano siempre hay un poso de crueldad en su interior que saca a pasear cuando la ocasión lo requiere y le sea posible obtener algún rédito de cualquier situación que le acontezca.

Pertenecer a esta tribu o calaña, y asomarse al balcón de la mundanidad con mayor o menor descaro, no es hoy día, —quizá nunca lo haya sido— algo que se pueda atribuir en exclusividad a los hombres. Es inherente al ser humano. La mujer, también se ha incorporado a esta tarea unisex con sus propias armas de seducción, que no son pocas. Y es que, las almas que se gobiernan por sí solas, nutridas en su propio magisterio, suelen presentar una dualidad entre virtud y vicio, siendo este último quien, con su juego de estrategias, termina por envilecer nuestra conciencia. Corremos hacia nuestra propia destrucción con arrobo y sin reserva de ninguna clase.

Sin ir más lejos, yo mismo, investido como padre de mis actos que soy, me he sabido deshonesto para con los demás en no pocas ocasiones de mi vida y, a pesar de ello, de mi propia censura a lo hecho o dicho, ha podido siempre más la indulgencia para con mis pasiones esclavas, que un cambio real de actitud y de arrepentimiento. Mi voluntad siempre se ha visto sometida a mis arrebatos pasionales y, el deseo de cambio, ha ido encaminado más bien, a enmendar mi reputación ante los demás, pero no dirigido a mi conciencia, que he almirado en cuantas ocasiones ha sido menester hacerlo y salir sin rasguño del embate.

Así, me tengo por un hombre al que como un rompecabezas deshecho habría que volver a recomponer, pues resulto, incluso para mí, extraviado y confuso; en donde lo excelso, lo vulgar y lo ridículo conviven en un armonioso dislate que tiene, por guinda del pastel, unos sentimientos y una conciencia aplazada en el tiempo para vivir sin sobresaltos excesivos el presente. Odio tener que enfrentarme a mis contradicciones y, a pesar de la confusión que me gobierna, el único que realmente puede emitir un juicio sobre mi persona es mi propia conciencia y no siempre soy capaz, ni estoy en las mejores condiciones para poder hacerlo. Ya no pretendo buscar la aprobación ni la reprobación ajena a mis actos, y menos, a los que fueron virtuosos, que

también los ha debido haber. Bien sé que buscar la aprobación ajena a nuestros actos o mejor dicho, a nuestros actos virtuosos, es tarea vana, pues vivimos en tiempos en donde predomina la ignorancia, la envidia, la cobardía y la corrupción en todos los órdenes de la vida; de ahí, que tratar de obtener el sincero aprecio de los demás, pueda resultar, incluso, perverso. Y es que, somos muchos aquellos que andurreamos por este mundo y, en el caso de algunos, sin espíritu de enmienda real con el paso de los años y a medida que éstos han ido cayendo sobre nosotros. Así, en lugar de que el acopio de nuestras experiencias, nos hayan mostrado el camino a seguir, por el contrario, hemos seguido sumidos en el misterio y la confusión.

Mirando atrás, he de reconocer que, como buen mundano, siempre he estado rodeado de gente y de entre ella, han abundado los que se han dado en llamar y, en ocasiones yo mismo lo hice, ‘amigos’. Ese nombre por el que tan alegremente solemos nombrarlos porque así lo dicen las redes sociales de nuestro tiempo. Es natural. Criticamos o ponderamos al amigo con apropiado cinismo, según nos convenga. Criticamos aquello que nos gustaría poder hacer en nuestra vida real y no somos capaces, o no nos permiten hacer, terceras personas u otros condicionamientos personales, pero con nuestras buenas ganas nos quedamos. Tampoco tengo autoridad moral para juzgar a unos ni a otros, pues soy el menos indicado para ello. La mayoría de las veces que he escuchado los juicios y razonamientos de estos ‘amigos’ sobre alguna cuestión concreta, rara ha sido la vez que alguno de sus consejos o dictados haya tenido utilidad real para mi vida, pues notaba que el pecado capital español por excelencia brillaba en sus mortecinas lenguas. No es por presunción, soberbia, ni vanidad, sino porque a sus juicios les faltaba la sustancia que sólo puede aportar un verdadero conocimiento sobre mi persona.

No resulta fácil encontrar y admirar a un amigo que tenga ascendencia real sobre ti y al que nosotros mismos le

concedamos ese privilegio. Suele ocurrir que, cuando somos objeto de crítica severa, por parte de otros, no solemos estar presentes en el envite para poder refutar sus argumentos y razones, así es que de muy poco me han servido algunos de aquellos quienes pomposamente me han llamado amigo. Hay, sin duda, alguna rara excepción que nos congracia con el ser humano y la amistad, pero son tan pocos, que en ese reparto casi me he sentido huérfano. Como cualquiera de nosotros. Tampoco, debo reconocerlo, he sido yo mismo mucho mejor para con ellos.

El amigo auténtico, de ahí que sean tan escasos, es aquel que, a pesar de conocerte, viene a quedarse contigo. A vivir contigo tus grandezas y tus miserias a media voz e incluso, en silencio. Hoy, cuando hago estas reflexiones sobre algunos de los aspectos de mi vida a modo de ensayo, ya comienzo a ser añoso y me viene de repente a la memoria una frase atribuida a uno de los grandes actores de los llamados secundarios del cine español. Me estoy refiriendo al ya desaparecido Antonio Gamero, que a propósito de los llamados ‘amigos’, decía algo parecido a esto: «*Cuando tenga penas, no se las cuentes a los que dicen ser tus amigos... anda y que se rían de su puta madre...*», pues eso, que salvo raras excepciones, más vale que nuestras penas las guardemos para nosotros a buen recaudo, pues cuando las aireamos, aunque sea como un leve murmullo, producen más alegría que pena en los demás y, de paso, les regalas con el cuento que les llevas, argumentos que dependiendo de su calado podrían ser empleados contra ti con cualquier oscuro propósito.

Siendo así que yo mismo procuro ser para mí el juez más implacable, aunque haga poco y a veces nada, por salvarme de mis propios dislates y desventuras. Somos, exclusivamente nosotros mismos, quienes sabemos hasta donde llega nuestra intolerancia, maldad e incluso crueldad, en el trato con los demás, e incluso, para con nosotros y hasta dónde la bonhomía y filantropía que nos habita... si es que la hay.

La idea que de nosotros tienen nuestros semejantes, por muy cercanos que nos sean, no deja de ser una mera suposición de cada uno de los que lo pretenden; intentos más o menos certeros sobre un comportamiento del que en realidad, apenas nada saben, pues en todos los casos les faltan muchas piezas por encajar. Todas las que tú no les quieres mostrar y ellos son incapaces de intuir. Detrás de cada uno de nosotros hay una historia propia, y es en ella, donde mejor podemos vernos reflejados. En no pocas ocasiones hemos creído ver autenticidad en los ojos a los que mirábamos cuando no era más que una simple distorsión o estratagema del propietario de la mirada. Reconozco haber sido un buen maestro en estas artes. De eso me he valido para que, socialmente, mi reconocimiento fuera más allá de mis cualidades y la imagen proyectada lo fuera más por una ilusión del que miraba, que por una realidad, siendo así que las cosas nunca podrían prosperar, pues estaban amañadas desde el comienzo.

Me declaro hombre apegado a los placeres mundanos que marcan toda una vida repleta de sobresaltos, buenas dosis de egoísmo y falsa generosidad, pues tras su apariencia, en buena medida, hubo un interés espurio. Cuando en múltiples ocasiones, fui generoso ante otros ojos que me observaban, no dejaba de ser una actitud indigna, pues era para resaltar alguna virtud que no me adornaba, por lo que me permitía dejar sin ver el auténtico trasfondo de mis actos. También soy, paradójicamente, de arrepentimiento constante, por lo que quizás juegue a mi favor un tipo de bellaquería con el fuste suficiente para cometer tropelías y no saberse en exceso dañina conmigo mismo. Con verdadera contumacia he ido de uno a otro sitio: del vicio al arrepentimiento, para más tarde hacer el recorrido inverso. De voluntad esclava y sometida a caprichos volátiles, aunque con los arrestos suficientes para levantarme una y otra vez y enfrentarme a mi propia necesidad. Para mayor desdicha, soy hombre de recaídas constantes, por lo que tengo tarea con mi propia vida como para poder criticar la de otros.

Cuando miro atrás, veo una vida marcada por las prisas en el amor, el deseo y la codicia de amores precipitados y ombligos pasajeros, en los que rara vez ha habido unos preliminares que no hayan sido diseñados a la manera del impostor, y sí, un desamor instantáneo cuando había consumado y satisfecho mis felonías con miserable vanidad. Me reconozco una autoridad en esas y otras artes del mismo jaez, y aunque solemos salir al encuentro de nuestros detractores diciendo que, incluso, siendo hombre de vida licenciosa, tenemos nuestro propio código de honor y conducta, me temo que sea un artificio más de los muchos que disponemos, para dulcificar en alguna medida, nuestros despropósitos. Tampoco he sido mejor en otros órdenes de la vida. Todos mis actos y manera de vivir, han sido parejos.

He aprendido a convivir con esa maldita dualidad y forma de ser que me temo me perseguirá hasta el final de mis días, cuando ya no haya remedio. He transitado por caminos de esplendor y de miseria, de abundancia y escasez, de alegría y llanto, de sensatez y locura, a veces muy a mi pesar, pues disponía de entendederas suficientes para poder elegir el mejor de los caminos, sin embargo, en escasas ocasiones fui llamado por la vereda de la virtud. Siempre había algo en mí que la detestaba y me hacía retornar al camino de los vicios.

Como no podía ser de otro modo, cuando estuve casado, —sólo lo he estado una vez— siempre habitó en mí el sentimiento de provisionalidad en la pareja, pues ya desde joven, como he manifestado en algún momento, he tenido las sensibilidades aplazadas en el amor y expulsado a propósito o de manera sutil, más pronto que tarde de mi vida a toda aquella mujer que me ha amado o apuntaba maneras. He comprobado, con el paso del tiempo y aconteceres, que éstos han dulcificado mi conducta en esas lides hasta un cierto punto. La pasión desmedida y el desenfreno agavillados en otros momentos y que se veían empañadas por conductas poco edificantes, han ido cayendo a la jaula infame de mis vicios.

Claro que, en mi descargo he pensado, en multitud de ocasiones, que aquellas llamadas por otros, virtudes espirituales, le son propias a quienes son débiles en lo físico y en lo psíquico, o sea, que las tienen por castigo, por lo que ningún mérito o valor les asiste. No se les puede atribuir virtud alguna a quien ya venía desde la cuna con ese estigma. Simplemente son así por ellos mismos y contra nada, ni nadie, tienen que luchar. Nada han de hacer desde su nimiedad para remediar sus arrebatos lujuriosos o deshonestos, pues no existen. De ahí que piense que, antes de someter a juicio a nadie, habría que considerar toda una serie de circunstancias y al individuo que las ha realizado.

En mi caso y aún, aceptándome con reparos, debo reconocer que, por momentos, me ha faltado la determinación y la firmeza necesaria para hacer frente a la avalancha de pasiones y desenfrenos que me han arrastrado, como si de un alud se tratara, hasta dar con mis huesos en cualquier sentina de algún lugar inmundo imaginario. Abomino de ellas cuando dispongo de la razón lúcida y las codicio, cuando es la locura la que se adueña de mis pensamientos, porque ni siquiera mis propios razonamientos para conmigo, han podido quebrarlas a pesar de que ha habido por mi parte, cada vez que estas aparecían, un cierto comedimiento y lucidez a la hora de advertirlas. Han resultado ser insuficientes, las veces que las he podido domeñar y resultar vencedor definitivo en esa contienda. No pasé de ganar alguna que otra batalla, pero nunca la guerra.

Me he visto envuelto y atrapado durante buena parte de mi vida en excesos y corruptelas de diversa condición. Si bien reconozco que no han sido las peores lacras las que he tenido por visitantes -en tanto las compare con otras más dañinas- si preguntamos a los que pagaron por ellas, a buen seguro no tendrían piedad alguna para con quien les cuenta. A algunos de estos excesos los he podido someter y me he alejado de ellos con carácter y determinación cuando les creí llegado el momento; con otros, he sido frágil y débil, aunque he practicado